

El lendakari nos organiza

(*Diario de Navarra*)

Distingamos. Del contenido de la *Propuesta abierta de Pacto Político* que Ibarretxe le ofrece al presidente Zapatero sólo unas pocas cosas pertenecen a su propia cosecha. Verbigracia, la penosa sumisión hacia el lenguaje *correcto*. Y así, "el euskera constituye un patrimonio común de todos/as los/las ciudadanos/as del Pueblo Vasco", de manera que su conocimiento y uso "es un derecho de todos y todas". Que Dios le conserve el oído.

Pero el lendakari siempre ha mostrado gran afición por crear su propio lenguaje y dotarlo del significado que a él más le conviene. En aquella propuesta se refiere al "compromiso ético para el final definitivo de la violencia". El caso es que no se trata de violencia a secas, sino de violencia terrorista, que es algo muy diferente; ni hay compromiso ético capaz de acabar con ella, sino nada más que un compromiso político que incluya el recurso a la fuerza. La muletilla de que la ciudadanía debe pronunciarse "libre y democráticamente" sabe a gruesa redundancia: para que sea democrática, la consulta deberá ser libre. Pensemos también en eso que él bautiza como acuerdo por la "normalización política". Porque, como se refiera a la terrible anormalidad que implica la pervivencia de ETA, deberá preguntarse cuánto contribuyen su partido y su gobierno a esa pervivencia, y limitar la batalla normalizadora a luchar contra la banda. Fuera de ello, la principal anormalidad política entre nosotros radica en la pretensión de unos pocos de imponer su visión etnicista del País y de embarcarnos en un proceso de secesión.

Las demás exigencias de esa Propuesta corresponden a todo el nacionalismo, moderado o terrorista, y son asimismo infundadas. En primer lugar, el reconocimiento de la *identidad nacional vasca*, porque esta sociedad plural dispone de otras varias identidades colectivas más verificables, amplias y sentidas que la identidad nacional. Del presunto *derecho a decidir* libremente su futuro por parte de la sociedad vasca, cualquier estudioso sabe que tal derecho no se acomoda a este caso, ni la secesión puede justificarse como remedio último a algún atropello cometido por el Estado. Tampoco tiene sentido democrático alguno que el acuerdo de esa sociedad garantice que "*todos* los proyectos políticos" puedan ser defendidos y, si obtienen mayoría, incluso legalmente plasmados. Un proyecto totalitario no cabe en democracia. Es convicción común que los derechos individuales han de protegerse

frente a cualquier mayoría que quisiera socavarlos. Es de temer que el lendakari ignore todo esto.

Y encima las pretensiones sobre Navarra y su dichoso Organo Común. Oiga, ¿pero cómo se atreve este hombre a entrometerse en nuestro destino como Comunidad y a predeterminar así la voluntad política de los navarros? Pues sencillamente porque su doctrina le infunde unas creencias que le autorizan a ello. Es el nacionalismo el que construye la Nación (y no al revés), y el vasco ha decidido que esa Nación, la mítica Euskal Herria, incluye desde siempre a Navarra; que, según el principio de las nacionalidades, Euskal Herria tiene como destino inexorable y derecho básico alcanzar la plena soberanía política; y que la voluntad de cada uno de los vascos y navarros *debe* adecuarse a la de su Nación. Parodiando una fórmula religiosa, cabría decir que lo que Dios (la Naturaleza, la Historia) ha unido, que no lo separen los hombres. Según esa doctrina lo colectivo y abstracto se impone sobre lo individual y concreto, lo pasado sobre el presente, la comunidad de pertenencia sobre la de elección, el nativo sobre el ciudadano... No es que unas personalidades nacionalistas sean insaciables; es que su doctrina sólo puede saciarse con la conquista de la soberanía.

¿Y qué me dicen de la mística en torno al euskera? Que todo es muy coherente dentro de su incoherencia radical. Al parecer, es un patrimonio común de todos los navarros, aunque para la inmensa mayoría un patrimonio muerto; nada importa que su conocimiento y uso no sean un hecho, porque han de ser un derecho. Una vez más, la lengua del navarro real tiene que amoldarse a la lengua del navarro ideal; y si la realidad no responde a lo imaginario, tanto peor para la realidad. Estamos ante un nacionalismo lingüístico, es decir, uno para el que la marca étnica no la pone ya la raza ni otras diferencias, sino la lengua. Sin lengua no hay Nación, y sin Nación no hay base para exhibir un derecho a ser Estado. Su exigencia de hacer al vascuence cooficial en toda Navarra debería enseñar por fin a los ingenuos cuál es el cometido esencial desempeñado por esta lengua en el camino hacia la secesión. Para allanar este camino, algunos aún pueden inaugurar más ikastolas en la Ribera o ampliar la zona mixta -que sólo es euskérica en la toponimia- a lugares donde no hay un solo hablante ordinario de euskera. El lendakari les estará agradecido.

Ahora sólo falta que los partidos nacionalistas vascos de esta tierra tengan el coraje de pronunciar alguna palabra razonable sobre todo ello, si es que la tienen.

